

Montes de las Tofanas, valle d'Ampezzo, valle del Cadore, vosotros supisteis de batallas, cuando la gran locura incendió el mundo. En cada altura, en cada hondonada hay un cementerio. Pero la Naturaleza es demasiado poderosa. Trabaja ferozmente, alegremente, contra la perpetuación del recuerdo y de la gloria... Hay que defender la forma de estas piedades de la guerra, con mil artificios, con mil cuidados. Cada otoño tiende a disolverlas en los chubascos; cada invierno, en las heladas; cada primavera, en el valiente florecer.

Pero todavía más activamente que la Naturaleza trabaja el Espíritu. El Espíritu, que no sólo disuelve la forma, sino la significación de las cosas—ejemplares para la pasión de un día—. Que las vuelve vanas, cuando no las vuelve importunas.

* *

La fortuna de las armas decidió de la italianidad de estas tierras. ¿La Naturaleza la había ya antes decidido?... se lo dirá a sí mismo una vez más el meditador, en diálogo mudo, con estos millares de muertos, santificados por el martirio: *Naturaleza y Nación son conceptos que se excluyen*. Sólo una fuerza fabrica una nación, y es la voluntad. «La voluntad de vivir juntos», como decía Renán en aquella sesión memorable del Colegio de Francia, dedicada a la vindicación de Polonia.

Ahora aquí, no hay remedio. Todo el trabajar, todo el vivir de las gentes está penetrado por una vocación de universalidad; y digo «universalidad», porque el Espíritu todavía no ha trabajado bastante; y algo se resiste dentro del mío a emplear de una vez y descarnadamente la palabra «germanización». Pero estos valles, estas ciudades que están detras conságranse hoy con un ardor, que ni siquiera basta a explicar el comprensible apetito de ganancia, a una obra colectiva de atracción, de mezcla, de afabilidad. Ninguna lengua se habla aquí tanto como el alemán, ni siquiera el dialecto del país. Ninguna prensa circula tanto como la alemana. Ningunas ideas y costumbres, como las tudescas, aparecen con tantos caracteres de generalidad. Venecia misma, allá abajo, es ya una metrópoli germánica. Germánicamente se estudia allí la historia del arte, como germánicamente se compran cerillas en el estanco.

Y aquí están, durmiendo el sueño eterno en su campo de reposo, junto a la pista de patinar, donde en este momento se inicia—ni siquiera en voz baja—un *flirt* toscano-vábaro, los restos podridos de aquellos a quien di-

Palique

ieron que debía morir para salvar la latinidad.

* *

La nieve ha caído en abundancia, la pasada noche, en el empinado cementerio de guerra de las *Tre Croci*. Entre las vallas pintadas de blanco, las crucesitas pintadas de blanco quedarán hundidas en ella hasta la mitad. (Me turba esta idea de lo que se sepulta sobre lo sepultado).

Tre Croci es el más conmovedor, porque es el que tiene menos nombres y menos rótulos.

El Martirio ha olvidado allí, casi totalmente, los pecados de individuación y declamación.

* *

El llamado *Aquile della Tofane* se halla en alto también, en el Belvedere. Se atraviesa un puentecillo, se entra en el recinto cercado y se escoge entre el lugar de las cruces, donde hay también ahora algún panteoncillo complicado, y el otro lugar, en que unas estrellas de jardinería señalan la fosa de los montones de muertos sin nombre.

El enemigo de este es el viento. Me acuerdo—me acordaré siempre—de cómo soplabá aquella noche en que se hizo oscuro tan pronto y yo no encontraba la salida.

* *

El *General Cantore* está en el mismo Cortina d'Ampezzo. Nadie me había llevado a él; nadie me había hablado. No se hablaba ya con demasiada buena gana de estas cosas... En un paseo me saltó a los ojos de improviso, tan grande, con su doble pululación de estelas de piedra y cruces de leño. Ostenta éste, a un mástil, la bandera de Italia. La intemperie no la ha desteñido demasiado.

Lo visitan frecuentemente los austriacos, que veranean aquí. No creo vengan por los soldados austriacos, también enterrados, con una suprema absolución, en la tierra sagrada del *General Cantore*... Con una absolución que tiene matices de generosidad progresiva.

Una cruz dice:

CINQUE SOLDATI AUSTRIACI

Pero otra, ya:

I SOLDATO-AUSTRIACO
CADUTO PER LA SUA PATRIA

Más allá, la piedad ha dado un paso adelante. ¿Qué significa, qué puede significar, después de un tiempo,

«mi patria», «su patria»?... He aquí la cruz más noble, he aquí la cruz más inteligente, la que dice

I SOLDATO AUSTRIACO
CADUTO PER LA PATRIA

Así, «la patria», la general, sin especificación. ¿La mía? ¿La suya? La Patria. La misma inscripción que tienen al lado los soldados de Italia... *La Patria*. Como se podía decir: «el Ideal».

* *

Pero junto a la valla pintada de blanco una pobre mujer del pueblo habla con otra. «Ni hubiesen venido nunca los italianos. Antes, quien tenía una gallina tenía una gallina. Ahora tiene la mitad él, la mitad el cobrador de contribuciones...» La obscuridad de su mente personaliza instintivamente en los nuevos señores aquellas pobrezas inevitables que han sido después de la guerra una de las angustias del mundo.

Parece que esta pobre mujer no sabe de patria. Pero anoche ha oído en el café a un hombre que, en cambio, sentía el patriotismo y con gran vigor. Se refería este ampezzano con rencor a la supremacía burocrática sobre Cortina, del vecino pueblo de Piave del Cadore. Y decía, con aire y énfasis de formular un programa de vindicación:

—Italianos; sea; pero cadorinos, nunca.

* *

¡Muertos, pobres muertos, yo puedo ponerme ante vosotros, yo puedo hablaros sin bajar la frente! ¡Yo no os engaño! No contribuí—ni siquiera con la mínima presión de una falacia dicha desde lejos—a que se os engañara.

Ignoro si se cuentan hoy en Europa muchos hombres de pluma militante que puedan decir lo mismo.

EUGENIO D'ORS

(Nuevo Mundo, Madrid).

Esta Revista no puede mantener correspondencia con sus numerosos colaboradores espontáneos, ni publicar ningún trabajo conforme a la impaciencia del remitente, sino a la medida del orden que le imponen sus límites cuantitativos y sus necesidades cualitativas.

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho:

50 varas al Norte del Banco Internacional.